

## UN ALBA EN LONDRES: LA MISIÓN DIPLOMÁTICA DEL XVII DUQUE (1937-1945)

---

Juan Avilés Farré  
U.N.E.D.

La diplomacia fue tradicionalmente un servicio que se consideraba apropiado para un aristócrata. Pero pocos embajadores habrían podido rivalizar, incluso en siglos anteriores, con los veinticuatro títulos, catorce de ellos con grandeza de España, que ostentaba Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó, XVII duque de Alba, quien representó al régimen de Franco en Londres desde 1937 hasta 1945. Por su estirpe estaba cunulado a Inglaterra, ya que el linaje de los Fitz-James se remontaba a James Fitz-James, hijo natural del rey Jacobo II Estuardo y de Arabella Churchill. Este primer Fitz-James recibió en 1688 el título inglés de duque de Berwick y en 1707 los títulos españoles de duque de Liria y de Jérica, títulos que pasaron a sus descendientes afincados en España, quienes adquirirían el de duques de Alba por vía matrimonial. Puesto que Arabella Churchill era hermana del primer duque de Malborough, el ilustre antepasado de Winston Churchill, resulta que éste y Jacobo Stuart Fitz-James eran parientes, aunque se tratara de un parentesco tan lejano que, en familias menos aristocráticas, nadie habría sido consciente de él.

La estirpe, en la Inglaterra de entonces, contaba, pero no era el único motivo por el que el duque de Alba podía tener un fácil acceso a ambientes a los que otro enviado de Franco no habría accedido. Nacido en 1878, el duque se educó en el prestigioso colegio católico de Beaumont, en Windsor, donde comenzó a trabar amistades que le serían muy útiles cuarenta años más tarde. Y Londres fue la ciudad que eligió en 1920 para su boda con María del Rosario de Silva y Guturbay. Jacobo Fitz-James era además un hombre de gran cultura y de destacada tra-

yectoria. Había sido diputado y luego senador en la etapa constitucional del reinado de Alfonso XIII, ministro de Instrucción Pública y de Estado en el gobierno del general Berenguer, presidente de la Academia de la Historia y miembro de la de Bellas Artes de San Fernando. Se hallaba en Londres, donde solía acudir en verano, cuando en julio de 1936 se produjo el alzamiento militar, a cuyo servicio pronto se puso, y en mayo de 1937 fue nombrado jefe de la delegación oficiosa del Gobierno Nacional en Gran Bretaña<sup>1</sup>.

Algún tiempo después el duque de Alba comentaría que nadie podía seriamente creer que, si Franco tuviera intenciones hostiles hacia Gran Bretaña, le habría enviado a él para representarle<sup>2</sup>. Ya en sus primeros contactos presentó la imagen de la España nacional que más podía agradar a los británicos. Al vizconde Cranborne, subsecretario parlamentario del Foreign Office, le dijo que Franco nada deseaba tanto como tener buenas relaciones con Gran Bretaña, que la influencia italiana y alemana no era preocupante, que España nunca sería fascista y que en caso de una guerra europea se mantendría neutral, pero amistosa. Y añadió que ni uno solo de los prisioneros británicos de las Brigadas Internacionales había sido fusilado, lo que parecía considerar, ante el asombro de Cranborne, una extraordinaria prueba de buena voluntad<sup>3</sup>. Muchas de estas afirmaciones parecieron sin embargo «música celestial» a sir Henry Chilton, el embajador británico en España (que por entonces residía prudentemente en Hendaya). Chilton comentó que Alba era un caballero encantador y amigo suyo, pero que Franco debía haberlo enviado más por sus conexiones británicas que por su capaci-

<sup>1</sup> BARRINGTON, Michael (1939): «Spain, England and the duke of Alba», *Quarterly Review* 541. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (en adelante MAE), R 4004-159, datos gráficos de Jacobo Fitz-James.

<sup>2</sup> Existen dos estudios anteriores sobre su misión: RODRÍGUEZ-MOÑINO, R. (1971): *La misión diplomática del XVII duque de Alba en la embajada de España en Londres (1937-1945)*, Madrid, Castalia, 144 págs.; y BUÑUEL, L.A. (1985): «El duque de Alba, embajador de Franco», *Historia* 16, 108, pp. 9-24.

<sup>3</sup> Public Record Office, Kew (en adelante PRO), FO 371/21296 W 12724. En realidad parece que durante toda la contienda las fuerzas de Franco mostraron un respeto a las vidas de los prisioneros británicos que no tenían hacia la de los de otras nacionalidades. Sólo así se puede comprender una estadística enviada por Jordana a Alba el 1 de diciembre de 1938 (Palacio de Liria, 1/1), según la cual los británicos constituían con mucho el grupo más numeroso de prisioneros extranjeros hechos desde el inicio de la guerra: 231 sobre un total de 913. En cambio sólo se habían hecho 93 prisioneros franceses, cuando los franceses eran mucho más numerosos que los británicos en las Brigadas Internacionales. Todo indica que la diferencia se debía a que bastantes franceses capturados no engrosaron las cifras de los prisioneros, sino la de los fusilados.

dad, siendo dudoso que estuviera al corriente de lo que realmente se pensaba en Salamanca<sup>4</sup>.

Durante la guerra civil una de las principales tareas de Alba sería tratar de persuadir a sus interlocutores británicos de que los nacionales, como gustaban llamarse los alzados contra la República, no eran unos fascistas que iban a poner España al servicio de Roma y Berlín, sino unos patriotas cuyas ideas conservadoras no estaban lejos de las de muchos *tories*. Mensaje que resultaba más convincente porque, con mucha probabilidad, el propio duque lo creía y porque bastantes conservadores británicos deseaban creerlo. Se sobreestimaría la influencia de Alba si se creyera que esto contribuyó de manera importante a orientar la política británica hacia España, pero no cabe duda de que sus gestiones fueron encaminadas en la dirección que más útil podía resultar al bando nacional: la de convencer al gobierno de Londres de que la eventual victoria de éste no representaba una amenaza para sus intereses. Así, cuando al constituirse en 1938 el primer gobierno de Franco, un diplomático británico informó de la preponderancia de Falange y de la fuerte influencia que sobre ésta ejercía el totalitarismo alemán e italiano, un alto funcionario del Foreign Office pudo argumentar que por el contrario, según el duque de Alba, la fuerza de Falange era puramente temporal y desaparecería al acabar la guerra<sup>5</sup>.

La ventaja que para la labor de Alba supondrían sus conexiones aristocráticas se manifestó muy pronto. Recién llegado a Londres como delegado oficioso, tuvo ocasión de encontrarse, en casa del marqués de Londonderry, con el rey Jorge VI, a quien pudo exponer en privado, durante cerca de tres cuartos de hora, su versión de los acontecimientos españoles<sup>6</sup>. Su posición quedó además reforzada en noviembre de 1937, al procederse a un intercambio de agentes entre ambos gobiernos y asumir sir Robert Hodgson en Salamanca una misión paralela a la suya en Londres, lo que, sin implicar un reconocimiento diplomático, permitió institucionalizar las relaciones. Y el duque pudo así mismo contar con la colaboración de algunos políticos e intelectuales británicos, que en mayo de 1937 constituyeron el grupo *The Friends of Natio-*

<sup>4</sup> PRO. FO 371/21298 W 14182.

<sup>5</sup> Existen dos estudios de conjunto recientes sobre la política británica respecto a la guerra civil española: AVILÉS FARRÉ, Juan (1994): *Pasión y farsa: franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 229 págs.; y MORADIELLOS, Enrique (1996): *La perit-dia de Albión: el gobierno británico y la guerra civil española*. Madrid, Siglo XXI, 409 pp.

<sup>6</sup> Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares, serie Asuntos Exteriores (en adelante AGA), 6700, Alba a Nicolás Franco. 9/6/1937.

*nal Spain*, presidido por lord Phillimore. Aunque su labor no pudo compararse con la inmensa campaña realizada por los simpatizantes británicos de la República Española, este grupo logró, en colaboración con el duque de Alba, ejercer cierta influencia, a través de intervenciones parlamentarias y también de mítines, como el que, bajo la presidencia de Phillimore, se celebró en Londres en marzo de 1938.

La labor de Alba fue muy apreciada por el general Francisco Gómez de Jordana, conde de Jordana, que asumió la cartera de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de Franco. Durante los días de «merecido descanso» que el duque se tomó en Suiza en agosto de 1938, Jordana manifestó al duque cuanto echaba de menos su «valiosa ayuda», ya que su posición le permitía llegar a medios inaccesibles para otros<sup>7</sup>. Londres era por supuesto un puesto clave. El duque de Alba realizó continuas gestiones para desenmascarar ante el Foreign Office la ayuda, subrepticia pero relativamente importante, que en la primavera de 1938 prestó el gobierno francés a la República española, ayuda que la presión de Londres sobre París contribuyó eficazmente a reducir. Y por entonces Alba tuvo que enfrentarse también a la grave crisis provocada por los ataques de las fuerzas navales y aéreas al servicio de Franco contra los buques mercantes de bandera británica, que tan importante papel jugaban en el transporte de suministros no bélicos al territorio republicano<sup>8</sup>. Lord Phillimore llegó a solicitarle que Franco frenara estos ataques, para ayudar a mantenerse en el poder al primer ministro Neville Chamberlain, cuya mayoría parlamentaria corría riesgo de disgregarse como consecuencia de la indignación creada por el hundimiento de buques británicos<sup>9</sup>.

En opinión del duque de Alba, Chamberlain deseaba la victoria de la España nacional, pero también simpatizaba con la idea de la mediación, en parte por la «inveterada costumbre» británica de hacer concesiones a la oposición y a la opinión pública<sup>10</sup>. Alba estaba convencido, como era común en los ambientes de la derecha autoritaria española, de que la masonería era un poder oculto y maligno que movía muchos hilos, por lo que atribuía un origen masónico a las iniciativas favorables a una mediación, como las promovidas por el Comité por la Paz Civil y Religiosa en España<sup>11</sup>. Es más, para él Chamberlain representaba lo que

---

<sup>7</sup> Palacio de Liria, documentación de la embajada de Alba en Londres (en adelante PL), 1/1, Jordana a Alba, 25/8/1938.

<sup>8</sup> Vid. AVILÉS FARRÉ, J. (1994), pp. 143-151.

<sup>9</sup> MAE, R 833/20, Alba a Jordana, 28/6/1938.

<sup>10</sup> PL, 1/2, Alba a Jordana, 22/6/1938 y 23/6/1938.

<sup>11</sup> PL, 1/2, Alba a Jordana, 14/5/1938.

quedaba de sano en Inglaterra, frente a «los elementos judaico-masónicos continentales», que tenían por representante en Inglaterra a Anthony Eden, cuya dimisión como secretario del Foreign Office y sustitución por lord Halifax, en febrero de 1938, consideró (con fundamento) un cambio ventajoso para la España nacional<sup>12</sup>. Y atribuía a una hostilidad hacia el catolicismo las actitudes contrarias a la causa que representaba que a veces manifestaban algunos obispos anglicanos, incluido el primado de Canterbury, por lo que se alegraba de que la influencia de la Iglesia anglicana fuera escasa (y hubiera sido nula, añadía maliciosamente en un despacho, «si no tuvieran voto las viejas solteronas»)<sup>13</sup>.

Estas observaciones muestran que la anglofilia del duque tenía claros límites. En particular, temía que la democracia pudiera llegar a tener para Inglaterra las mismas fatales consecuencias que había tenido para otros países. A esa conclusión llegó cuando, en un debate parlamentario que tuvo lugar a fines de junio a raíz del hundimiento de dos buques británicos por fuerzas al servicio de Franco, algunos diputados conservadores votaron en contra del gobierno. Al hacerlo colaboraron, según Alba, en «una maniobra internacional de origen masónico-judaico» y demostraron que pensaban más en su popularidad ante el electorado que en el interés de Inglaterra<sup>14</sup>.

En cambio, la admiración del duque de Alba por Chamberlain fue en aumento. Le impresionó el rasgo que tuvo éste en septiembre de 1938 al realizar su primer viaje en avión, a los setenta años, para entrevistarse personalmente con Hitler<sup>15</sup>. Poco después, el 28 de septiembre, Alba hubo de realizar una gestión de gran importancia, que sin duda respondía a sus convicciones: comunicar al Foreign Office que, en caso de guerra europea, España se mantendría neutral. El desarrollo de los acontecimientos demostró que la oferta era de momento innecesaria, pero haberla realizado llenó de satisfacción a Jordana. El ministro comentó al duque, en quien tenía una gran confianza, que la crisis de Munich le parecía haber sido enviada por la Providencia para que la España nacional pudiera mostrar cual era su verdadera posición ante sus vecinos. Al igual que Alba, Jordana era un conservador autoritario, no un fascista, y apreciaba a Chamberlain, a quien reconocía que practicaba una neutralidad benévola hacia ellos y a quien admiraba por la obra

<sup>12</sup> MAE, R 1057/1, Alba a Jordana, 25/2/1938.

<sup>13</sup> MAE, R 1057/2, Alba a Jordana, 19/5/1938.

<sup>14</sup> MAE, R 833/18, Alba a Jordana, 26/6/1938.

<sup>15</sup> PL, 1/2, Alba a Jordana, 16/9/1938.

de afianzamiento de la paz, que «con tanto tesón como fortuna» había emprendido, «para gloria suya y provecho de la humanidad»<sup>16</sup>.

Después del acuerdo de Munich, sin embargo, el duque de Alba se sintió de nuevo preocupado por la tendencia del gobierno británico a creer, cada vez que se frenaba el avance nacional, que la guerra española se hallaba en una situación de tablas favorable a una mediación<sup>17</sup>. Pensaba que Chamberlain seguía deseando la victoria de los nacionales, pero que tenía que tener en cuenta a la opinión pública. Creía que los periódicos británicos estaban dominados en su mayoría por los judíos, como lo mostraba su campaña contra los *pogroms* de Alemania, por lo que reaccionarían con hostilidad a cualquier presión del gobierno de Londres sobre el de París para que éste abandonara a su suerte al de la República española<sup>18</sup>. Como muchos de sus contemporáneos, Alba parecía pues dar por buenas las siniestras fantasías de la propaganda antisemita.

Poco más tarde, la ofensiva de Franco sobre Cataluña decidió el resultado de la guerra y persuadió a los gobiernos de Londres y París de la conveniencia de otorgarle sin más tardanza el reconocimiento diplomático. Este se produjo el 27 de febrero de 1939 y el 8 de marzo el duque de Alba fue nombrado embajador en Londres. Terminaba así la etapa oficiosa de su gestión diplomática, que había sido un indudable éxito. Pocos días después pudo permitirse mostrar dureza a su lejano pariente y antiguo amigo Winston Churchill, cuando éste le explicó que si durante la guerra había apoyado a la República, había sido por temor a la influencia alemana e italiana, pero que estaba dispuesto a mirar con agrado a la España nacional<sup>19</sup>.

Lord Halifax, secretario del Foreign Office, dedujo de una conversación con Alba, a fines de abril, que el gobierno de Franco no estaba tan ligado a los de Alemania e Italia como a menudo se sugería y que deseaba sinceramente tener buenas relaciones con el británico<sup>20</sup>. Jordana, por su parte, se hallaba muy satisfecho de la gestión de Alba. En junio le escribió que leía todas sus interesantes cartas y daba cuenta de la mayoría de ellas al caudillo y al gobierno. En su opinión, la actitud del gobierno británico era todo lo cordial que resultaba posible tras las pasadas tensiones, pero hacía notar a Alba que Inglaterra y Francia debían

<sup>16</sup> PL, 1/1, Jordana a Alba, 2/10/1938.

<sup>17</sup> MAE, R 833/18 y R 1057/2, Alba a Jordana, 22/10/1938 y 24/10/1938.

<sup>18</sup> MAE, R 1057/3, Alba a Jordana, 12/11/1938.

<sup>19</sup> MAE, R 1057/7, Alba a Jordana, 25/3/1939.

<sup>20</sup> PRO FO 371/24129, Halifax, 26/4/1939.

«mimarles», para evitar con ello la natural tendencia de la masa española, que de no ser debidamente dirigida se inclinaría incondicionalmente y con entusiasmo del lado del Eje<sup>21</sup>. Por supuesto Jordana se veía a sí mismo como el principal responsable de evitar, frente a Serrano Suñer y otros, esa inclinación y para ello contaba con Alba.

El duque de Alba, por su parte, estaba suficientemente al tanto de lo que ocurría en Gran Bretaña como para comprender, a comienzos de julio de 1939, que ésta iría a la guerra si Hitler atacaba a alguno de los países a los que ella había dado garantías<sup>22</sup>. La guerra finalmente estalló poco después de un cambio de gobierno en el que Jordana fue sustituido como ministro de Asuntos Exteriores por el coronel Juan Beigbeder. A diferencia de su predecesor, Beigbeder no haría del duque de Alba uno de sus principales confidentes. Tras la partida de Jordana, la orientación de la política española se haría más germanófila y la tentación de intervenir en el conflicto surgió tras la derrota de Francia en junio de 1940<sup>23</sup>.

En tales circunstancias los informes de Alba desde Londres revestirían particular importancia. No se debe sobreestimar su influencia sobre el desarrollo de sus acontecimientos y en concreto sobre las decisiones de Franco, pero hay que destacar que las continuas advertencias del duque, a partir de junio, de que la firme resistencia británica excluía la posibilidad de una rápida victoria alemana, suponían un estímulo para tomar la decisión que finalmente se tomó: no involucrarse en un conflicto de resultado incierto.

Desde los primeros momentos de la guerra, el duque atribuyó la participación de los británicos en ella a su tradicional política de defender el equilibrio de poder en Europa, recordó que su tenacidad les había permitido vencer en guerras en las que previamente habían perdido batallas y observó que entonces mostraban una rara unanimidad en hacer frente a las que consideraban desmesuradas ambiciones de Hitler<sup>24</sup>. Quienes deseaban poner fin a la guerra tras la derrota de Polonia eran

<sup>21</sup> PL 1/1. Jordana a Alba, 26/6/1939.

<sup>22</sup> PL 1/3. Alba a Jordana, 3/7/1939.

<sup>23</sup> La actitud de Franco y su régimen respecto a la guerra mundial ha sido objeto de muchas controversias, pero el avance de la investigación histórica ha permitido establecer que, a partir de junio de 1940, hubo durante unos meses una firme voluntad de intervención y que ésta no se produjo en buena medida por la negativa de Hitler a pagar el precio pedido. Existen al respecto dos amplias y sólidas síntesis recientes: PRESTON, Paul (1993): *Franco, a biography*, Londres, Harper Collins, pp. 342-531; y TUSELL, Javier (1995): *Franco, España y la II Guerra Mundial*, Madrid, Temas de Hoy, 709 págs.

<sup>24</sup> PL 1/4. Alba a Beigbeder, 11/9/1939.

personas de inmejorable buena fe pero de escasa influencia, los mismos, aunque muy reducidos en número, que habían apoyado a la España nacional y venían combatiendo hacía tiempo las influencias judías y masónicas<sup>25</sup>. Eran los más conscientes de que la victoria sobre la Alemania nacionalsocialista podía dar como resultado la aparición de un imperio comunista extendido de Vladivostok al Rhin<sup>26</sup>.

Durante aquel invierno, como después, las negociaciones más importantes entre Gran Bretaña y España no se llevaron a cabo en Londres, a través del duque de Alba, sino en Madrid, a través de los representantes británicos. Así fue una misión comercial británica, llegada a Madrid en noviembre de 1939, la que negoció las cláusulas del acuerdo comercial hispano-británico que finalmente firmaron, el 18 de marzo de 1940, Beigbeder y el embajador sir Maurice Peterson<sup>27</sup>.

La sustitución de Chamberlain por Churchill, en mayo de 1940, no fue vista con agrado por el embajador español. En un informe calificó al nuevo primer ministro de listo, inteligente, buen escritor, mejor orador, muy valiente y gran trabajador, pero añadió que era ambicioso, avieso, de moralidad dudosa y desleal<sup>28</sup>. Poco antes, el duque de Alba había cenado con un grupo de amigos británicos, entre ellos Churchill, de quien había sido amigo en la juventud, reanudando así unas relaciones cordiales que se habían interrumpido por la actitud de Churchill ante la guerra española. Churchill le había recomendado en aquella ocasión una amnistía, a lo que el duque respondió que no podían dejarse impunes 400.000 crímenes<sup>29</sup>. Que en el bando nacional se hubieran cometido también crímenes o que la peculiar justicia de los vencedores considerara delictivas actividades que en su momento eran legales, no eran cuestiones que el duque tuviera presentes, ni tuvo Churchill la indelicadeza de mencionarlas.

La designación de sir Samuel Hoare como nuevo embajador en España fue en cambio acogido con satisfacción por el duque, quien recordó lo poco frecuente que era el nombramiento de exministros como embajadores y lo consideró una prueba de que los británicos comenzaban a apreciar en su verdadero valor la amistad española<sup>30</sup>. Efectiva-

<sup>25</sup> PL 1/4, Alba a Beigbeder, 18/9/1939.

<sup>26</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 1/10/1939.

<sup>27</sup> ALPERT, Michael (1976): «Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la postguerra: los acuerdos comerciales y financieros de marzo de 1940», *Revista de política internacional*, 147, pp. 13-29.

<sup>28</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 14/5/1940.

<sup>29</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 10/4/1940.

<sup>30</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 27/5/1940.



mente, Hoare era un peso pesado en la política británica y su envío a Madrid respondió a la importancia que se comenzó a otorgar a la neutralidad de España en los sombríos momentos de la derrota de Francia<sup>31</sup>. Pero la consideración diplomática iría acompañada de medidas preventivas frente a la germanofilia de Madrid. Todo buque mercante dirigido hacia España habría de obtener un certificado de su carga (*navicert*) otorgado por las autoridades británicas para poder atravesar las líneas del bloqueo, lo que otorgaría a Londres una capacidad de control de las importaciones españolas e impediría la acumulación en territorio español de reservas de productos que hubieran podido reexportarse a Alemania<sup>32</sup>.

A mediados de junio de 1940, la declaración de que España pasaba de una situación de neutralidad a otra de no beligerancia causó la previsible inquietud británica, que la virulencia de la prensa española no hizo sino aumentar. El propio lord Phillimore escribió al duque de Alba para protestar por el tono de muchas alusiones a Gibraltar en la prensa española. El gobierno británico mantuvo sin embargo en sus contactos con el embajador una actitud serena y conciliadora<sup>33</sup>. Bajo cuerda recurrió también a nuevos métodos: en el verano de 1940 Hoare comenzó a distribuir subvenciones a varios generales españoles, como medio de fortalecer su oposición a la entrada de España en guerra<sup>34</sup>.

En aquellos momentos, en los que en Madrid se acariciaba el proyecto de entrar en guerra para participar en los despojos de una victoria que se consideraba próxima, la de Alba era una voz que insistía en que el resultado del conflicto estaba indeciso. El 1 de julio escribió a Beigbeder que la preparación militar y la voluntad moral de los británicos representaban un gran obstáculo para el avance alemán. Su régimen político era imperfecto, como el de todas las democracias, pero no había llegado a una podredumbre como la del francés, y el pueblo británico, en momentos de peligro, era estoico, tenía un gran sentido del deber cí-

<sup>31</sup> Sobre la misión de Hoare, más tarde vizconde Templewood, véanse sus memorias: HOARE, Samuel (1946): *Ambassador on special mission*. Londres, Collins, 320 págs.; y ALPERT, M. (1978): «Las relaciones anglo-hispanas en el primer semestre de la "guerra caliente", la misión diplomática de sir Samuel Hoare», *Revista de Política Internacional*, 160, pp. 7-31.

<sup>32</sup> SMYTH, Denis (1986): *Diplomacy and strategy of survival: British policy and Franco's Spain, 1940-1941*. Cambridge University Press, pp. 40 y 61-64. Este libro constituye el mejor estudio de las relaciones hispano-británicas durante el período.

<sup>33</sup> PL 1/5. Alba a Beigbeder, 17/6/1940.

<sup>34</sup> SMYTH, D. (1991): «Les chevaliers de Saint-George: la Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols, 1940-1942», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 162, pp. 29-54.

vico y aceptaba una estricta disciplina<sup>35</sup>. Por otra parte, en las nuevas circunstancias creadas por la guerra, quizá a Gran Bretaña le conviniera buscar la amistad de una España fuerte e independiente. Así se lo había dicho, y le pareció sincero, el subsecretario parlamentario del Foreign Office, R.A. Butler, quien le añadió que más adelante su país estaría dispuesto a considerar todas las aspiraciones de España, incluida la de Gibraltar (algo que Alba nunca antes había oído a alguien de su posición)<sup>36</sup>.

La alusión de Franco a Gibraltar, en su discurso del 17 de julio, fue en cambio muy mal acogida en Gran Bretaña; incluso personas muy amigas de la España nacional manifestaron a Alba que tal reivindicación, planteada en un momento en que Gran Bretaña estaba obligada a oponerse por la fuerza a la pérdida de Gibraltar, significaba buscar deliberadamente un conflicto armado. El duque, por el contrario, pensaba que el gobierno español, si actuaba con habilidad, podría recuperar tras la guerra la completa soberanía sobre Gibraltar sin verter una gota de sangre<sup>37</sup>.

El propio Beigbeder parece haber prestado atención a las observaciones de Alba acerca de la voluntad de resistencia británica e incluso manifestó a Hoare, a finales de julio, la impresión que le había causado uno de sus informes<sup>38</sup>. A partir de entonces Alba insistió en la cuestión una y otra vez. Observó que quizá Italia se había precipitado al entrar en guerra, que si la *blitzkrieg* del Eje fracasaba la situación podría cambiar en 1941 o 1942 y que en la carrera de los armamentos aéreos Gran Bretaña contaba con importantes bazas<sup>39</sup>. Y por otra parte manifestó su convicción de que el gobierno británico tenía más interés que ningún otro en el mantenimiento del español. Aunque residieran en Gran Bretaña Juan Negrín y otros dirigentes republicanos, cuya expulsión había solicitado, no tenía motivos para sospechar que las autoridades británicas mantuvieran contactos con ellos o estuvieran dispuestas a permitirles actividades políticas<sup>40</sup>. De hecho, el gobierno británico trató de persuadir por entonces a Negrín de que saliera del país, aunque finalmente permaneció allí hasta el final de la guerra<sup>41</sup>.

<sup>35</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 1/7/1940.

<sup>36</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 8/7/1940.

<sup>37</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 22/7/1940.

<sup>38</sup> PRO, FO 371/24510 C 6743, Hoare a Halifax, 30/7/1941.

<sup>39</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 29/7/1940.

<sup>40</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 5/8/1940.

<sup>41</sup> SMYTH, D. (1986), pp. 57-59. Sobre los refugiados españoles véase: ARASA, Daniel (1995): *Exiliados y enfrentados: los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 291 pp.

El período más dramático de la misión diplomática del duque de Alba comenzó a fines de agosto de 1940, al iniciarse los ataques aéreos contra la población civil de Londres, donde él residía, y de otras ciudades. Desde un principio pensó que los bravos ingleses aguantarían y no quedó defraudado. Sus informes destacaron en aquellos meses la serenidad y el coraje de la población frente a un ataque sin precedentes y desmintieron la confianza con la que desde el continente se daba por descontada la rápida victoria alemana, aunque también a él le resultaba difícil comprender el optimismo de los británicos acerca de su victoria final<sup>42</sup>.

Estas observaciones de Alba llegaban a Madrid en un momento en que, de acuerdo con la información recogida por la embajada británica, la seguridad de que Gran Bretaña estaba vencida era, junto a una respuesta positiva de Hitler respecto a sus aspiraciones en el norte de África, la condición que Franco esperaba para entrar en guerra<sup>43</sup>. Pero a su vez los detallados informes que el embajador enviaba sobre los efectos de los bombardeos tuvieron, desde que Ramón Serrano Suñer asumió la cartera de Asuntos Exteriores, una utilización totalmente ajena a los propósitos de su autor: se remitían inmediatamente a Berlín<sup>44</sup>. De ello no tuvo noticia el duque de Alba, pero bastó que éste viera en un periódico italiano una transparente alusión a una conversación suya con un ministro británico, para que protestara a Serrano Suñer por la indiscreción que se había producido, que amenazaba la confianza que en él se tenía en Londres<sup>45</sup>. De haber sido un estrecho colaborador de Jordana, el embajador había pasado a sentir que el nuevo ministro apenas concedía valor a sus buenas relaciones en Inglaterra.

A lo largo del crítico período transcurrido entre la derrota de Francia, en junio de 1940, y el desembarco aliado en el norte de África, en noviembre de 1942, la política británica hacia España tuvo una triple dimensión. Hubo una campaña destinada a mantener las relaciones entre ambos gobiernos al máximo nivel posible de cordialidad, unas duras negociaciones en torno a los suministros cuya importación se autorizaba a España, y unos preparativos militares para una eventual intervención en territorio español. Por supuesto esta tercera dimensión se mantuvo en secreto, mientras que para la primera los contactos con el duque de Alba fueron de gran importancia.

<sup>42</sup> PL 1/5, Alba a Beigbeder, 26/8, 9/9, 33/9 y 7/10/1940.

<sup>43</sup> PRO, FO 371/24516 C 10395.

<sup>44</sup> TUSELL, J. (1995), p. 173.

<sup>45</sup> PL 1/7, Alba a Serrano, 11/11/1940.

Anthony Eden, quien en diciembre de 1940 asumió la secretaría del Foreign Office, anunció a Alba que iba a continuar la política de buenas relaciones con España de su antecesor lord Halifax<sup>46</sup>. Y el propio Churchill se esforzó en mostrarle su buena disposición hacia España y en superar la frialdad surgida como resultado de su actitud en la guerra civil. En una cena celebrada por entonces en la embajada española, el primer ministro le comentó al duque, sin duda con sinceridad, que de haber sido español o lo hubieran matado los rojos o hubiera servido sin vacilar al lado de Franco, que como patriota inglés había llegado a temer que un triunfo de los nacionales fuera perjudicial para su país, debido a la influencia que sobre ellos ejercían Alemania e Italia, y que más tarde se había convencido de no estar en lo cierto. Y añadió que su gobierno se esforzaba en convencer al norteamericano de que había que facilitar el abastecimiento de España<sup>47</sup>. De hecho, a comienzos de 1941, Churchill instruyó al Foreign Office para que no prestaran atención a detalles como la ocupación española de Tánger y, en cambio, se esforzaran en que llegaran suministros alimenticios a España, pues sería esto lo que más pudiera facilitar una favorable reacción de los españoles en caso de que los alemanes penetraran en su territorio<sup>48</sup>. Dada la extrema escasez que por entonces España padecía, esta recomendación de Churchill tenía un sólido fundamento.

La actitud de Franco llevó sin embargo a que el gobierno británico se planteara pocos meses después la posibilidad de adoptar una política mucho más dura hacia España. En el contexto del entusiasmo que en España provocó el ataque alemán a la Unión Soviética, que se tradujo en el envío al frente ruso de la división azul, Franco pronunció el 17 de julio de 1941 un discurso que no fue sólo virulentamente antisoviético, sino también antibritánico. El duque de Alba se hizo eco de la fuerte reacción que esto provocó en Gran Bretaña. En el parlamento Eden afirmó que Franco parecía no desear que se mantuviera la ayuda económica a su país, y en la prensa se manifestaron hostiles incluso periódicos que el duque consideraba serios. *The Economist* comentó que el discurso era una muestra de *poor diplomacy, deplorable logic and bad manners*. Y a partir de entonces en muchos círculos políticos y periodísticos se comenzó a considerar a España como un país hostil. El duque de Alba debió estimar que el discurso había sido un grave error: en particular Franco había afirmado que los aliados tenían perdida la gue-

---

<sup>46</sup> PL 1/5, Alba a Serrano, 30/12/1940.

<sup>47</sup> PL 1/5, Alba a Serrano, 9/12/1940.

<sup>48</sup> Citado en SMYTH, D. (1986), p. 175.

rra y él se preocupó en transmitir a Madrid todos los motivos por los que los británicos pensaban lo contrario<sup>49</sup>. Lo que Alba no supo fue que, a raíz de ese discurso y del envío de la división azul, Churchill estuvo considerando seriamente la posibilidad de un desembarco británico en Canarias<sup>50</sup>.

Finalmente el desembarco fue descartado porque Churchill concluyó que Franco, a pesar de las apariencias, no se disponía a entrar en guerra. La mayor preocupación del primer ministro pasó a ser que España autorizara el paso de tropas alemanas por su territorio y para evitarlo llegó a ofrecer al duque de Alba, en una comida celebrada en la embajada española el 2 de octubre de 1941, el apoyo británico para satisfacer las reivindicaciones españolas frente a Francia en el norte de África. Se trataba de una conversación no oficial, pero Franco no olvidó la oferta, que respondía a una de sus más queridas aspiraciones, y años después durante una etapa de fuerte tensión en las relaciones hispano-británicas, hizo mención a ella y leyó parte del telegrama en que Alba la comunicaba<sup>51</sup>. Churchill explicó entonces al Foreign Office, en cuyos archivos no había constancia de la conversación, que «el fervientemente anglófilo duque de Alba» probablemente había dado un excesivo peso a ciertas observaciones informales que él había hecho durante la comida<sup>52</sup>. Pero no parece que fuera así, ya que el propio Churchill explicó, en una reunión del Comité de Defensa que tuvo lugar poco después de la citada comida, que estaba dispuesto a solicitar a los franceses concesiones a España, con tal de que ésta evitara el paso de tropas alemanas por su territorio<sup>53</sup>.

No hay pues motivo para dudar de la versión que Alba dio de las palabras de Churchill en el telegrama que envió a Madrid. El primer ministro le dijo que si Inglaterra ganaba la guerra, de lo que no tenía duda, Francia le debería mucho y ella a Francia nada, por lo que Inglaterra estaría en situación de hacer una presión «fuerte y definitiva» para que Francia satisficiera la «justa reivindicación de España en el norte

<sup>49</sup> PL 2/1, Alba a Serrano, 30/7/1941 y 20/8/1941.

<sup>50</sup> SMYTH, D. (1994): «The dispatch of the Spanish Blue Division to the Russian front: reasons and repercussions», *European History Quarterly*, 24, pp. 537-553.

<sup>51</sup> Discurso de Franco ante las Cortes, 18/5/1949, citado en PORTERO, Florentino (1989): *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, p. 380. Sobre la importancia de las reivindicaciones en África del Norte en la política exterior española de aquellos años: AVILÉS FARRÉ, Juan (1995): «Un país enemigo: Franco frente a Francia, 1939-1944», *Espacio, Tiempo y Forma: Historia Contemporánea* (UNED), n.º 7, pp. 119-124.

<sup>52</sup> PRO, FO 371/79711, Z 4321, minuta de 14/6/1949.

<sup>53</sup> Citado en SMYTH, D. (1986), p. 203.

de África». Estaban decididos, añadió, a ayudar a España en todo y sólo pedían que ésta no dejara pasar a los alemanes por su territorio. Pero junto a la oferta hubo también una amenaza: si España permitía a los alemanes atacar Gibraltar desde su territorio, Inglaterra se vería obligada a imponer un intenso bloqueo... y sus submarinos eran más eficaces que los de Alemania<sup>54</sup>.

Pero los tiempos de la adulación británica a Franco no tardarían en concluir, ya que, a partir del desembarco aliado en el norte de África de noviembre de 1942, el contexto en el que se situaban las relaciones anglo-españolas comenzó a modificarse sustancialmente. La confianza aliada en la victoria se acentuó, el valor estratégico del territorio español se redujo, los embajadores británico y norteamericano sometieron a una creciente presión a Jordana, de nuevo ministro de Asuntos Exteriores, para que España se alejara de su anterior benevolencia hacia Alemania, y en Gran Bretaña la hostilidad de la opinión pública hacia el régimen de Franco se manifestó de manera cada vez más abierta. Durante los tres años siguientes el aspecto más destacado de la gestión del duque de Alba fueron sus esfuerzos para tratar de convencer a su gobierno de que, en previsión de una victoria aliada, el régimen español debía realizar los cambios necesarios para acercarse a los valores políticos de los vencedores. No proponía una democracia plena, pero sí la eliminación de los aspectos más dictatoriales y represivos del régimen que habría de transformarse mediante la restauración de la monarquía. Esto respondía a las propias convicciones personales del duque de Alba, pero en sus informes como embajador se esforzó en mostrar que sus recomendaciones no se basaban en aquéllas, sino en un diagnóstico de la previsible evolución del panorama internacional. Este fue el último gran aspecto de la misión diplomática del duque de Alba, que se saldó en un fracaso frente a la decisión de Franco de mantener a toda costa su poder personal.

El embajador planteó por primera vez la necesidad de realizar cambios en función de la previsible victoria aliada en una carta personal y reservada que envió a Jordana en junio de 1943<sup>55</sup>. Poco después, Alba fue el primer firmante de un escrito en que 27 procuradores en Cortes solicitaban a Franco el restablecimiento de la monarquía<sup>56</sup>. A fines de julio, tras una comida con Churchill, sugirió a Jordana que no se debía

<sup>54</sup> MAE R 1789/9, Alba 2/10/1941.

<sup>55</sup> PL 2/3, Alba a Jordana, 2/6/1943.

<sup>56</sup> Reproducido en GIL ROBLES, José María (1976): *La monarquía por la que yo luché (1941-1945)*, Madrid, Taurus, pp. 343-345.

perder tiempo en realizar los cambios necesarios, si España había de recoger las adecuadas recompensas por su acertada decisión de no entrar en guerra<sup>57</sup>. Y en noviembre de 1944 manifestó con extremada claridad sus opiniones a su viejo amigo y nuevo ministro José Félix de Lequerica: los británicos consideraban al régimen español aquejado de germanofilia congénita y aunque muchos comprendían que los intentos de establecer en España un sistema de libertades como las británicas habían tenido un resultado desastroso, no les resultaba aceptable un sistema de partido único como el que representaba Falange<sup>58</sup>.

En marzo de 1945, tras el manifiesto de Lausanne en que don Juan pidió a los monárquicos que presentaran la dimisión de sus cargos, Alba presentó la suya, que no llegó a hacer efectiva hasta octubre de ese año. Aquel verano, en uno de sus últimos informes, escribió que la situación del régimen español en la política internacional era harto delicada, pero que al respecto su conciencia de embajador no podía estar más tranquila, porque en numerosas y reiteradas ocasiones había señalado a los sucesivos ministros de Asuntos Exteriores «la necesidad de una evolución hacia normas más en consonancia con los países cuya futura victoria se adivinaba cada día más clara y el peligro que más adelante podría suponer el no haberlo hecho a tiempo». Lo que ocurría le preocupaba como español y le apenaba, tanto más porque podría haberse evitado<sup>59</sup>.

---

<sup>57</sup> PL 2/4, Alba a Jordana, 27/7/1943.

<sup>58</sup> MAE R 2301/3, Alba a Lequerica, 25/10/1944.

<sup>59</sup> PL 2/6, Alba a Martín Artajo, 25/8/1945.